

LA UCAB Y LOS

El artículo 66 de la Constitución dice: "Todos tienen derecho de expresar su pensamiento de viva voz o por escrito y de hacer uso para ello de cualquier medio de difusión sin que pueda establecerse censura previa; pero quedan sujetos a pena, de conformidad con la ley, las expresiones que constituyan delito".

Artículos como éste de nuestra Ley Fundamental a menudo permanecen letra muerta. Sin embargo no podríamos culpar de ello al Estado, como guardián del cumplimiento de la Constitución. Hay algo más radical que escapa a su control y que es parte de nuestro sistema occidental vigente. La propiedad es frecuentemente quien decide lo que se debe publicar y lo que debe ser desechado. Aquello que se juzga que va contra sus intereses económicos, políticos, ideológicos o que puede inficcionar de algún modo "su" sistema económico-social se descarta. No obstante, para salvaguardar el "espíritu abierto", de vez en cuando se permiten ciertas dosis de oposición, únicamente entre articularistas. La noticia debe ser "dirigida". Y aun se tolera, también, "hasta cierto punto" ciertos medios marginales. (¡Asimilación y bondad del sistema!).

Esta es la contradicción flagrante que vivimos: se tiene el derecho de opinar libremente, pero se imposibilita ejercerlo, ya que los medios están en manos de la misma minoría detentora del poder económico. Desgraciadamente en Venezuela, salvo raras excepciones, esto es más agudo que en otras latitudes.

Frecuentemente ocurren hechos que confirman cuanto estamos diciendo. Los recientes acontecimientos de la UCAB han dado una vez más la razón a estos planteamientos.

En un primer momento los diversos órganos dieron la noticia, pero en cuanto vino la respuesta polémica de las autoridades (lo cual constituía real-mente una "buena" noticia nacional), los grandes rotativos comenzaron paulatinamente a cerrarse ante toda nota, rueda de prensa o declaración que no procediera de las autoridades de la UCAB y de quienes la apoyaban o que estuviera en desacuerdo con su línea de conducta.

Llegó a darse el caso en uno de los periódicos, comúnmente tenido entre los más serios, que aun comunicados pagados, que denunciaban serenamente las medidas, encontraban resistencia a su publicación. Algunos consiguieron superar la barrera, gracias a la intervención de instancia superior, donde se pudo lograr una fisura.

Podríamos dar datos concretos de comunicados y periódicos.

Los canales de T. V. dieron un rotundo "no" a cuanto procediera del estudiantado, a pesar de que éste había sido invitado en algunos programas, ante los televidentes, pa-

ra dar su versión sobre los sucesos.

La razón de estos modos de comportamiento aparecen patentes con sólo analizar la junta directiva de esos periódicos y canales televisivos.

Esta sencilla observación sería suficientemente demostrativa para quien todavía dude sobre la participación de los grupos económicos en las sanciones impuestas en la UCAB.

Es realmente lastimoso que los medios de comunicación social que por su esencia deben estar al servicio de la expresión libre de las ideas y del diálogo clarificador entre las diversas corrientes del pensamiento sean manipulados por groseros intereses económicos. No es de extrañar que injusticias palpables sean tergiversadas como verdaderas virtudes y actos de valor.

Antes estas actitudes, las primeras víctimas son los propios profesionales de la Comunicación Social: los periodistas. Estos se sienten a menudo frustrados en su labor creadora y se ven rutinariamente compelidos a publicar los frios boletines de prensa que se les ofrece de acuerdo con el deseo de sus jefes. Esperemos que la nueva ley del ejercicio del periodismo, recientemente aprobada, logre poner fin a quienes están manteniendo la noble misión de informar y de crear cultura.

MEDIOS

DE

COMUNICACION

SOCIAL

"No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno"

(1 Tes. 5,19)

Los episodios de la UCAB han creado una gran inquietud entre los cristianos. Han patentizado una seria división que vivimos en la Iglesia y esta división duele a todos.

La división dentro de la Iglesia es algo lamentable. Ningún cristiano puede desearla o fomentarla con fruición. Pero tampoco cualquier unidad es cristiana. La unidad de Cristo es un permanente aguijón que ha de estimular a todos a llevar a la Humanidad hacia la unidad en la verdad y la justicia. Pero en lugar de esa verdad y justicia el cristiano vive y es partícipe de un mundo en guerra, un mundo de odio, explotación, opresión y mentira.

El cristiano no puede eludir esta situación. Por eso los últimos papas, el Concilio, los obispos reunidos en Medellín y el General de los Jesuitas en particular, urgen la denuncia de quienes explotan y nos estimulan a comprometer toda nuestra vida en la búsqueda de formas de organización económica y convivencia que posibiliten a todos los hombres el acceso a los bienes de la tierra. Ellos han visto que quienes acaparan estos bienes son agresores de quienes quedan excluidos. Los países ricos agreden a los pobres y estos con gran esfuerzo tratan de agruparse para defender su vida y bienes. Dentro de cada país la división es más hiriente.

Esta lucha es real en todo el mundo y Venezuela no es excepción.

La Iglesia no es clasista, pues hay creyentes que pertenecen a diversos sectores sociales que están estructuralmente enfrentados. Por eso es absolutamente absurdo e ilusorio pensar que vamos a vivir los cristianos en una paz idílica cuando estamos sumergidos y somos parte de una realidad dividida.

Sólo una opción es posible para el cristiano: la opción de Cristo a favor de los pobres. El Evangelio nos dice que incluso para los ricos el camino de salvación pasa por los pobres.

Todo cristiano, obispo, sacerdote o seglar, debe construir la Iglesia de Cristo, la de la justicia, la de los pobres, la de la hermandad real. Por eso, entra en lucha contra todo lo que impida esta hermandad, como es la explotación económica y toda discriminación.

Es evidente que hay muchos "cristianos" que quieren asumir un cristianismo aséptico, sin ninguna referencia al hombre y a la convivencia humana (1, Juan, 4-20). Pero la comunidad cristiana no se puede dejar dominar por esa actitud que la separaría de Cristo.

Nada queda resuelto con fáciles y pueriles alineaciones tras banderas como "capitalismo" o "comunismo" ofrecidas como respuestas integrales. Todos somos testigos de las graves limitaciones de regímenes donde se practican estas fórmulas, con aspectos graves de dominación del hombre por el hombre.

También es infantil y escapista contraponer a las limitaciones reales de estos sistemas una afirmación meramente filosófica y fuera de las tensiones concretas. Tampoco este intento puede eludir la lucha real, los conflictos y las oposiciones; a través de la división real debemos llegar a la unidad. El cristianismo no es una mentira social que llama hermano al enemigo y califica de justo lo injusto, sino que es una esperanza combativa que, partiendo de la realidad del pecado, hace hermano al enemigo y derriba lo injusto construyendo lo justo. Y esto, en la práctica, significa tensión y división.

Tenemos la impresión de que debido a la alta valoración que hacemos de la unidad, olvidamos que sólo tiene sentido la "unidad en la verdad" y que en la mentira y la injusticia en la que vivimos, sólo pueden darse frutos de división.

Somos Iglesia en la Historia no en la Plenitud, sino en lucha, en búsqueda, en imperfección, pues somos Iglesia en un mundo de miseria, odio, explotación, mezclado con todas las grandes realizaciones de ese mundo. Esta tensión es una de las marcas típicas de su historia. Recordemos que la Iglesia amaneció desde el primer día dividida en algo tan fundamental como la discusión de si la fe cristiana era sólo para los judíos o para todos los hombres.

DIVISION EN LA IGLESIA

La cortedad cristiana de la comunidad de Jerusalén era tal que se quedaron pasmados "de que el don del Espíritu Santo se derramase sobre los gentiles" (Hechos 10, 45). Esta comunidad, con Santiago al frente, acusó duramente a Pedro (al mismo Papa), de desviacionismo. "Pero cuando subió Pedro a Jerusalén, disputaban con él los que eran de la circuncisión, diciendo: Tú has entrado a los incircuncisos y has comido con ellos" (Hechos 11, 1-3). Por otra parte Pablo proclama que "no hay distinción entre judío y gentil" (Rom. 10, 12; 1Cor. 12, 12; Gal. 3, 28). Pero esta doctrina que hoy nos aparece tan fundamental y tan evidente, fue duramente combatida y conquistada a través de una gran tensión y división. "Algunos que habían bajado de Jerusalén enseñaban a los hermanos: 'si no os circuncidáis conforme a la ley de Moisés, no podéis ser salvos'. Con esto se produjo una agitación y disputa no pequeña, levantándose Pablo y Bernabé contra ellos" (Hechos 15, 1-3).

Y Pablo en esta disputa no duda en llamar "falsos hermanos intrusos" a los que "se entrometen para

espíar la libertad que tenemos en Cristo Jesús, queriendo reducirnos a servidumbre" (Gal 2, 1-5). El mismo Pablo arremetió contra la conducta de Pedro, condescendiente con los judaizantes: "me enfrenté con él cara a cara, porque era digno de represión" (Gal 2, 11).

Así en medio de la lucha, se abrió el Cristianismo a la universalidad. De la misma manera la Iglesia, todos nosotros, acomodados y hechos a la identificación con los intereses y pensamiento de grupos sociales privilegiados, nos abriremos a todos los hombres, a través de los pobres. Pero, para ello tenemos que vencer la tentación similar a la de los judaizantes de hacer pasar a los pobres y a los obreros cristianos por la asimilación de formas burguesas o fórmulas económico-políticas capitalistas, que alimentan su situación de opresión vital.

Sólo así respondemos a la llamada del Espíritu de revestirnos del Hombre Nuevo, según Dios, "en la justicia y santidad de la verdad" (Pablo, 1 Efes. 4, 24).